

Mesa redonda sobre las Universidades

Salvador Ortiz de Montellano

Introducción

Cuando escuché por primera ocasión la invitación para participar en esta mesa, nunca anticipé lo difícil que me sería escoger entre las múltiples experiencias que he tenido a lo largo de más de 30 años de vida universitaria aquella que pudiera ser más relevante y de mayor interés para esta ocasión.

Me he decidido por aquella en la que he tenido mayor involucramiento y en la que he podido profundizar más; que es la formación de la responsabilidad social de los universitarios.

El tema de la mesa es “Experiencias apostólicas en la formación y transmisión de la fe”; sin embargo, he de decirles que me ha resultado sumamente difícil llegar a este tipo de experiencias con jóvenes para los que Dios no juega un papel en su vida, no es Alguien con el que les interese relacionarse y al que le quieran dedicar tiempo valioso de su vida. Seguramente otros de los ponentes de esta mesa presentarán situaciones similares con las que se han encontrado y la manera en que las han abordado. Yo, en esta pequeña intervención, quiero presentar lo que intenté y qué resultados tuve. Anoto que la experiencia se vivió en el año de 2004 cuando iniciaba la operación de la Universidad Anáhuac en la ciudad de Puebla.

Para presentarles la experiencia quisiera en primer lugar describir a los alumnos que encontré, sus intereses y motivadores fundamentales; posteriormente les pediré me permitan reflexionar un poco sobre el perfil del egresado universitario, la responsabilidad social y cómo el desarrollo de ésta, puede ser un detonador para la formación apostólica y en la fe. Pasaría después a relatar las experiencias involucradas y cerraría con algunas reflexiones finales.

1. Experiencia con los alumnos universitarios y su mundo de intereses

Iniciemos pues con los alumnos, que siempre deben ser el centro de nuestro interés.

Al ser una universidad en fundación, la búsqueda de los alumnos era particularmente difícil; la confianza en la Institución no podía existir y aunque llevábamos el nombre de Anáhuac con nosotros, éste no era muy conocido en la zona y mucho menos por los alumnos de preparatoria a los que nos acercábamos. La lucha por ofrecerles y convencerles fue fuerte, y también nos trajo a las aulas a estudiantes de características un tanto distintas del preparatoriano medio.

En primer lugar, con una mayor disposición para el riesgo, para la aventura y para el reto. No sabían bien en dónde se inscribían, cómo serían sus profesores y mucho menos las instalaciones o facilidades de la universidad; pero tomaron la decisión y se inscribieron. Esto también los hacía más demandantes, querían que se les escuchara, querían tener experiencias nuevas y relevantes, sabían que ellos estaban poniendo mucho de su parte en esos momentos y esperaban otro tanto de la Institución. Otra característica que tenían es que eran muy entusiastas, al ser pocos y estar en una Institución con poca experiencia, con pocos eventos, pocas tradiciones, ninguna historia, paradójicamente se notaba en ellos una necesidad de estar alegres, de ver con esperanza el futuro y de estar dispuestos a colaborar.

Junto con todas estas rasgos positivos, también me di cuenta muy pronto de que su formación religiosa y espiritual previa era mínima, que no tenían interés en formarse en ese campo y que no buscaban esto en la Universidad.

Las primeras clases de las materias relacionadas a sus disciplinas fueron muy motivadoras para los profesores por el interés e involucramiento de los alumnos, por su disposición y deseos de aprender; sin embargo, ante los primeros ofrecimientos de actividades litúrgicas o de formación religiosa, inmediatamente me di cuenta que las respuesta no era la misma. Hablando con ellos también me di cuenta de que no existía un rechazo de fondo, sino más bien un desinterés y muy poca información.

Fue entonces que nos dimos a la tarea (con el equipo directivo de la Universidad) de buscar medios que nos permitieran suscitar y provocar el interés de ellos en Dios, en el papel que Él tiene en su vida y de cómo la transformación y el desarrollo verdadero no se da sino en Él.

2. La responsabilidad social

De esta búsqueda es que surgió el tema de la responsabilidad social que ahora les pido me permitan explicar un poco.

Para ello partiré del perfil del egresado Anáhuac. En este perfil los dos primeros rasgos del egresado Anáhuac establecen que el egresado deberá contar con:

«Una visión motivada de la dignidad y centralidad de la persona humana. La dignidad del hombre estriba no en lo que posee o produce, sino en su mismo ser. Todo hombre es creatura de Dios, es capaz de conocer la verdad y de buscar libremente el bien, y está destinado a lograr su plenitud en Jesucristo. Su centralidad consiste en que toda la vida social tiene a la persona humana como su sujeto y tiende hacia el bien integral de la persona como a su fin»¹.

«Una visión profundamente humana y social de la profesión. El trabajo, además de ser un medio para desarrollar las propias dotes y potencialidades y para resolver dignamente las necesidades de la propia familia, debe contribuir al bien común de la sociedad en que se vive»².

Centrándonos en este segundo rasgo, intentaríamos despertar el interés inexistente en el primero, ese era el reto. Antes de continuar con la experiencia, quisiera especificar cómo conceptualizamos la responsabilidad social y qué fue lo que pretendíamos lograr.

Para llevar a cabo esta caracterización emplearé el esquema sugerido por Lickona (1991) sobre los componentes de un “buen carácter”, como una estructura que permite conceptualizar un constructo complejo relacionado directamente con la personalidad humana. Lickona identifica tres elementos: a) conocimiento moral, b) sentimientos morales, y c) acción moral. Representado gráficamente se tendría lo siguiente.

La acción moral está estructurada por la voluntad y el hábito y se refiere, como su nombre indica, al comportamiento último que los dos otros elementos provocan. Los sentimientos morales son básicamente los rasgos propios y las actitudes que se tienen, tales como: la conciencia, la autoestima, la empatía, etc. El conocimiento moral se refiere al esquema cognitivo del pensamiento moral con elementos como: el autoconocimiento, la toma de perspectiva, el razonamiento moral, etc.

¹ «Objetivos formativos», objetivo n. 1, en: <http://www.anahuac.mx/Universidad/Pages/Objetivos-Formativos.aspx> [23-10-2013].

² *Ibidem*.

3. Algunos factores fundamentales de una vida comprometida

Siguiendo este esquema para el caso de la responsabilidad social y para poder determinar los elementos centrales que constituyen el conjunto de pensamientos, sentimientos, actitudes y compromiso bases que la conforman, es fundamental el análisis y el trabajo realizado por Parks, Keen y Daloz (1996)³.

Ellos, utilizando una metodología de investigación cualitativa a través de entrevistas, determinaron los factores centrales de una vida comprometida. Encontraron seis rasgos comunes y generales, identificados con: el sentido de comunidad, la compasión, la convicción, el coraje, la confesión y el compromiso. A continuación revisaremos cada uno de ellos.

El sentido de comunidad fue uno de los rasgos más fuertemente encontrado. Sobre todo una percepción mucho más desarrollada de lo que significaba para cada uno el “hogar”. Se encontró que casi todos ellos crecieron en lugares hospitalarios con padres o mentores “públicos” y que practicaban la hospitalidad. Conciben el hogar como el centro familiar de pertenencia e identidad, rodeado por una membrana permeable que hace posible y engrandece el sentido propio, admitiendo elementos del mundo circundante. Esto fortalece la autoestima, como elemento vital en la formación de la convicción de que uno puede ser una diferencia positiva en su medio. Casi todos tuvieron alguna experiencia de un viaje significativo. Todos estos elementos construyen un sentido de llamado y propósito de la propia vida y un entendimiento de quiénes son los socios en ese camino.

El segundo rasgo detectado es la compasión. Identificada como esa capacidad de “sentir con el otro”. En todos ellos se detectó como el elemento único más significativo el “involucramiento constructivo y engrandecedor con el otro”. Se detectó una pertenencia firme a su grupo, pero al mismo tiempo un sentimiento de relación empática con el otro. La empatía, entendida como la habilidad de entender y compartir los sentimientos de otro fue por lo mismo la característica más relevante en todos los entrevistados. Sin embargo, la empatía no es suficiente, se detectó también lo que llamaron “compasión” que añade a la empatía un sentido general de responsabilidad y tendencia a hacer compromisos con ese otro, llegando hasta la capacidad de sufrir con él.

³ L.A. Parks Daloz, S. Daloz Parks, C.H. Keen, *Common Fire: Leading Lives of Commitment in a Complex World*, Beacon Press, Boston 1996.

El tercer rasgo detectado fue la convicción. Se encontraron poderosos hábitos de la mente, capacidad profunda de cuestionamiento hacia uno mismo y el propósito de la propia vida. Detectaron que este propósito está dañado por la complejidad y diversidad de la vida moderna. Los hábitos de la mente identificados fueron: la capacidad de diálogo; la capacidad de tomar distancia ante los problemas y situaciones, así como de ver a través de los ojos del otro; un pensamiento crítico, holístico y sistémico, con capacidad para identificar las partes de un todo y la conexión entre ellas; un pensamiento dialéctico, reconociendo y trabajando efectivamente con contradicciones; y una sabiduría práctica, para poder reconocer el conjunto sin perder los detalles. Todo esto con una actitud de escucha y humildad, reconociendo que son uno entre muchos pero uno importante. En resumen, este rasgo mostró una capacidad importante de razonamiento y juicio holístico.

Otro rasgo común, fue el llamado “coraje”, que está alimentado por lo que pensamos, no tanto cómo pensamos. Se encontró que estos elementos del pensamiento están originados fundamentalmente por la familia y la religión vivida. Este coraje es el que genera y produce la responsabilidad, que viene del latín re-, esto es, de nuevo, otra vez; y spondere, es decir, prometer. La responsabilidad se concibe entonces, como la capacidad de voltearse, notar, verse afectado, informarse, crear vínculos y prometer.

El quinto rasgo, llamado “confesión”, se refiere al reconocimiento de los costos que tiene asumir un compromiso, de que toda decisión tiene beneficios pero también costos. Se detectó de manera general que se habían superado motivaciones equivocadas para la toma de responsabilidad tales como: la ambición, el reconocimiento y el miedo. Prácticamente todos estuvieron expuestos a algún tipo de sufrimiento durante su vida y esto desarrolló tanto la capacidad de escucharse a sí mismos y a los demás; como la de perdonarse y perdonar a otros. Central para el desarrollo de este rasgo es la capacidad de reflexión y de escucha a sí mismos, la capacidad de perdonar tanto a sí mismo como a los otros. Este rasgo promueve la aceptación de las propias limitaciones y las de los demás, y la capacidad de recibir aceptación y perdón.

Por último, el “compromiso”. Se detectó esa paradoja de lo que llaman la doble negación. Todos habían llegado a la conclusión de que no podían quedarse sin hacer nada. No se puede no actuar, todos somos partes integrantes de la interdependencia de la vida. En este compromiso se podían reconocer tres elementos centrales: en primer lugar, una vocación (un llamado) con una fuerza interna; enseguida, una capacidad de separar para distinguir no para dividir; y, por último, un sentido inmediato del tiempo.

Con estos elementos se puede proponer la estructura básica del constructo responsabilidad social, que estaría integrado por:

- La empatía con un sentido de compasión.
- El pensamiento holístico y crítico, como convicción.
- El compromiso como capacidad de responder a una promesa.

Conclusión

Sabíamos lo que necesitábamos, que los alumnos entendieran (convicción) la situación suya y de su entorno, que desarrollaran empatía (compasión) ante esa realidad, y que se comprometieran con ella; pensábamos que de esta manera estábamos formando en ellos la responsabilidad social como una manera de sensibilizarles y de esta manera hacer espacio para que la figura de Dios apareciera en su vida.

Para lograr esto, la Universidad adoptó una comunidad de la Sierra Norte y se comprometió con su desarrollo, particularmente con la educación de sus niños y niñas. Los alumnos universitarios tuvieron que estudiar la realidad social de la región, sus expectativas e ilusiones y, con base en ello, proponer esquemas de ayuda no tradicionales y que en verdad apoyaran al desarrollo de la comunidad.

El involucramiento directo de los universitarios con un acercamiento ordenado y profundo, logró el objetivo. Tenían muchas preguntas después de esta experiencia y muy pocas respuestas. Entonces Dios empezó a serles significativo y ese momento fue clave para la Institución, cuando pudimos formar una comunidad que entendía que necesitaba buscar el bien y la verdad.